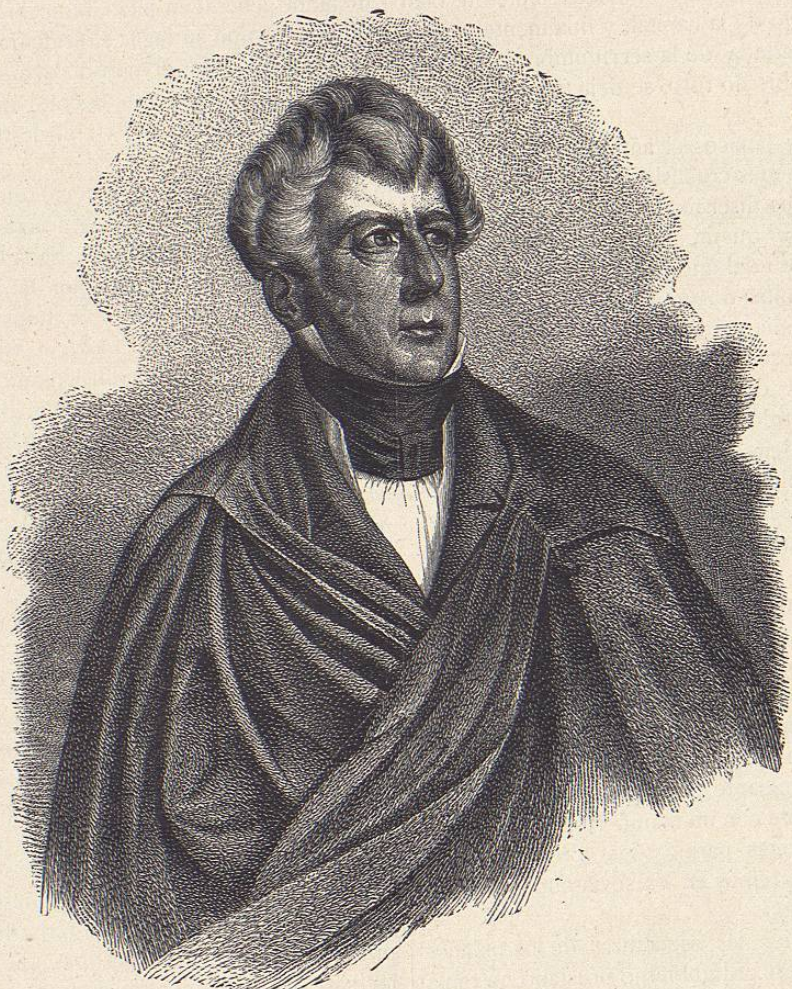


Compadecida miró la Europa la agonía de este pueblo heróico, pero ninguna potencia le alargó la mano en su tribulación. Metternich contestó por escrito á las súplicas de Czartorisky aconsejándole la sumisión incondicional. Por un momento pareció que un poder superior se había apiadado de los polacos enviando entre sus enemigos, los rusos, un auxiliar terrible, el cólera, que entonces apareció por primera vez en Europa é hizo con misteriosa rapidez millares de víctimas en Rusia, principalmente en las grandes ciudades. En muchas partes, el pueblo aterrorizado acusó á los judíos de haber envenenado las aguas, y cometió contra estos desgra-

ciados actos de salvajismo feroz. En San Petersburgo fué menester que el mismo emperador se presentara en medio del pueblo, alborotado y loco, haciendo prosternar á la multitud en la calle para pedir socorro á Dios. Pronto llegó la plaga al teatro de la guerra: el 10 de junio llevóse al generalísimo ruso Diebitsch, siete días despues al virey, el gran duque Constantino, y el 24 á Gneisenau, que mandaba el ejército prusiano de observación; pero la misteriosa plaga apenas retardó días la ruina de Polonia, destrozada mas por las disensiones feroces, las intrigas, las calumnias y envidias de sus propios hijos que por las armas rusas. Skrzynecki



Chlopicki.—Copia de un cuadro hecho por Glowacki

fué destituido á solicitud de los jefes y oficiales del ejército que veían en él un traidor, el ejército quedó sin jefe hasta que Dembinski se prestó á encargarse del mando; pero en 15 de agosto el populacho, sublevado y ciego, derribó el gobierno de la capital, se apoderó del palacio, degolló cuarenta prisioneros que hizo en él, instituyó un nuevo gobierno bajo la presidencia del inepto Krukowiecki y dió el mando del ejército al valiente y honrado pero caduco Malachowski. Este, fuese por traición, fuese por arrojo temerario, cometió la falta de enviar veinte mil hombres, á las órdenes del aventurero Ramorino, á la otra orilla del Vístula, reduciendo con esto el número de defensores de la capital á treinta y cuatro mil hombres, mientras el generalísimo ruso Paskiewich pasó el río cerca de Ossick, donde la frontera prusiana le cubría el flanco y espalda, y sin apresurarse, contra la opinión de su jefe de estado mayor Toll, que aconsejaba la mayor rapidez, avanzó hacia Varsovia. Una vez delante de la ciudad intimó á sus defensores la rendición, ofreciendo condiciones benignas; pero fueron rechazadas por el partido demagógico,

que desenfrenado reinaba en la ciudad y en el parlamento. Lo mismo sucedió cuando el 6 de setiembre los rusos se apoderaron de Wola (1), llave de la capital, y Krukowiecki presentó á la asamblea las condiciones de rendición que habia convenido con el general en jefe ruso. Habiendo caído en manos de los rusos las obras exteriores, volvió á proponer Krukowiecki la rendición, pero sin mas resultado que ser destituido por el parlamento furioso, y el 8 del mismo mes tuvo que rendirse la ciudad á discreción. El parlamento salió escoltado por todo el ejército polaco, que á las órdenes de Rybinski trató de continuar la lucha, apoyado en la fortaleza de Modlin; pero cuando Rybinski supo que Ramorino con sus veinte mil hombres se habia dejado arrojar por los rusos al territorio austriaco, es decir, á Galitzia, no aguardó ya otro ataque y se dirigió á marchas forzadas, con los últimos veintimil hombres y noventa y cinco piezas de artillería, á la

(1) Aldea cerca de Varsovia, en cuya inmediación eligió antiguamente la nobleza polaca sus reyes.

frontera prusiana, que pasó cerca de Lipno, y allí fueron desarmados todos. Las dos plazas fuertes de Modlin y Zamosc se entregaron al vencedor.

El castigo fué proporcionado á la dureza de la resistencia. Desde luego perdió la Polonia la constitución otorgada por el czar Alejandro, siendo reemplazada en 26 de febrero de 1832 por un estatuto orgánico que solo conservaba las disposiciones dirigidas contra la nacionalidad polaca. Innumerables confiscaciones castigaron á los jefes de la nobleza que se habian librado por la fuga del castigo directo; Paskiewich fué nombrado gobernador general y recompensado

todos los revolucionarios, y recibieron estímulo de este y de los ministros Molé y Sebastiani, que les dieron palabra de que ningun soldado austriaco pondría el pié en ningun país italiano donde el pueblo se levantara y se organizara formalmente. El mismo rey en persona les mostró su aprobación (1). El caso era que respecto de Italia, mas que en otras cuestiones internacionales, los hombres de Estado franceses creyeron poder hacer un papel doble, ostentando públicamente su amor á la paz general y fomentando oculta-

mente la revolución. Esta vez los revolucionarios italianos no eligieron por teatro de la insurrección ni Nápoles ni el Piamonte como en 1821, sino los Estados menores del centro, incluso los de la Iglesia, completamente perdidos bajo el régimen teocrático, y además sin jefe desde el fallecimiento del papa Pío VIII, ocurrido en 30 de noviembre de 1830. El movimiento debía estallar en Módena, cuyo soberano, el duque Francisco IV, por medio del opulento industrial Menotti mantenía inteligencias entre los conjurados haciendo él mismo por sí el papel de espía y de traidor, porque en el momento oportuno hizo cercar y poner presos á los demasiado incautos, el 3 de febrero de 1831. El día antes el cónclave, avisado por el duque del peligro, habia elegido al nuevo pontífice Mauro Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI. No impidió esto que el 5 del mismo mes estallara la revolución en Bolonia, donde se formó un gobierno provisional que declaró abolido el gobierno temporal de los papas. El movimiento se extendió: las Legaciones, las Marcas y la Umbría se unieron á Bolonia; los pueblos de Módena y Parma se levantaron tambien y sus soberanos tuvieron que refugiarse en territorio austriaco, y en 4 de marzo de 1831 la asamblea constituyente de los países sublevados proclamó la constitución de las *Provincias Unidas de Italia*.

Quince días antes, en 19 de febrero, el cardenal secretario Bernetti se habia dirigido en tono lastimero al gobierno austriaco impetrando su auxilio contra la revolución, y con la misma fecha habia comunicado Metternich á las grandes potencias la opinión del gobierno austriaco respecto de los sucesos de Italia, diciéndoles que la cuestión romana era una cuestión europea, pero que tocaba al Austria, como cosa natural y por obligación de familia, el restablecimiento del orden en los ducados. Conformáronse todas con este modo de ver; solo el gobierno francés, olvidando sus promesas, observó que no se opondría á la ocupación de Módena y Parma por fuerzas austriacas, pero si se extendiese la ocupación á los Estados de la Iglesia la consideraría como una provocación, y si se extendiera al Piamonte como una declaración de guerra. Ambas potencias se miraban mutuamente y empleaban un lenguaje fanfarrón para ocultar su miedo, graduando cada una su arrogancia á tenor de las señales de susto que creía descubrir en la otra, hasta que Metternich creyó tener bastante reforzado y preparado el ejército austriaco de Italia para obrar, porque se dijo que mas valia al poder austriaco en Italia sucumbir con las armas en la mano que acabar ignominiosamente á manos de la revolución. Tan inevitable creyóse en París la guerra que el embajador francés en Viena, el mariscal Maison, recibió orden de avisar á su colega en Constantinopla, el general Guilleminot, que excitara al gobierno del sultan á atacar al Austria y á la Rusia por su parte. Luis Felipe y Sebastiani reprendieron fuertemente á Lafitte, presidente del ministerio, por haber autorizado semejante correspondencia belicosa, lo cual fué causa de que Lafitte dimitiera.

(1) Véase la obra alemana de Prokesch-Osten: *El duque de Reichstadt*, págs. 155 y siguientes.



Skrzynecki.

Copia de un grabado en acero hecho por G. W. Lehmann

con el título de príncipe de Varsovia (Warchavski), con órden terminante de rusificar por todos los medios posibles y sin consideración alguna todo el país para mejor evitar nuevas sublevaciones.

Desde Waterloo y Navarino ningun suceso habia conmovido tan hondamente á la Europa como la caída de Varsovia. Nadie preguntaba hasta dónde tenían la culpa los polacos; no habia mas sentimiento predominante que la conmiseración por los fugitivos polacos, que en su mayoría buscaron asilo en Francia, y el horror al despotismo ruso y á los demás gobiernos que le habian facilitado su obra de destrucción de la Polonia.

ITALIA Y SUIZA

Cuando la conferencia de Londres se decidió por la independencia de Bélgica, y el parlamento polaco reunido en Varsovia proclamó el destronamiento de la familia Romanoff, estalló la revolución en la península apenínica amenazando causar en toda Europa la temida conflagración que en Bélgica y Polonia se habia limitado, por los esfuerzos de la diplomacia, á cada uno de estos dos países.

Era mas que natural que los patriotas italianos, vencidos, desengañados y dispersos, saludaran con esperanzas nuevas la revolución francesa de julio, como un rayo de luz que penetraría tambien en su patria y dispersaría allí las densísimas tinieblas de la reacción. Algunos patriotas, antes de dar ningun paso decisivo, consultaron á Lafayette, el patrono de

